

La política como enfermedad

JUAN MANUEL GARCIA RAMOS

En política nunca se aprende lo necesario. Uno se puede ilusionar con proyectos y con compañeros capaces de conducirlos; emplear su tiempo y su lealtad en la empresa y encontrarse, de pronto, con un cuerno en un costado y de testigo involuntario de decisiones inadmisibles.

Si me pongo a pensar, llevo más de veinte años empleados en la política, sea de manera larvada: pertenecí en los años setenta a la Junta Democrática de mi admirado Antonio García Trevijano; sea de manera directa: he estado, con distintas responsabilidades, en los gobiernos de Fernando Fernández, Lorenzo Olarte y Jerónimo Saavedra.

Tiene uno sobre sus espaldas muchas satisfacciones, muchas fechas para olvidar y más de una puñalada trapera.

En estos menesteres, nos hemos tropezado con personalidades de distinto signo. Conocí a José Carlos Mauricio en un congreso del Partido Comunista de Canarias celebrado en plena clandestinidad junto al estadio López Socas, creo recordar, pues deben haber pasado algo más de veinte años. Me acuerdo con nitidez de su discurso de clausura, sin un papel a su alcance y más de dos horas de brillante y vibrante intervención. Me acuerdo, asimismo, de enfrentarme a él muchos años más tarde en un duelo televisivo original y he tenido la oportunidad de saludarlo el pasado martes en Las Palmas, nevadas sus sienes por las canas pero con los mismos ojos de halcón y con la fiebre política indisoluble de líder hasta su muerte.

El mismo martes observé con detenimiento la presencia de Jerónimo Saavedra en el pequeño salón de actos de la sede de la Presidencia del Gobierno en la calle León y Castillo. Sus modos y maneras de espadachín de élite, su sonrisa de cardenal camarlengo en un cónclave de locos y la paciencia de un Santo Job. Los rumores lo han jubilado de la política y tal vez tengan razón. Acaso sean los cachorros de su PSOE de toda la vida los que primero intenten el ataque, pero nada podrán contra su flema beatífica y su sosegado espíritu, el mismo que lo hizo presidente en dos ocasiones y lo condujo a la censura ésta vez.

Olarte estuvo también en esa cita nacionalista del martes grancanario. Se lo he dicho a él más de una vez y no tengo inconveniente en repetirlo: los dos años que fui consejero a su lado supusieron para mí una estancia aprovechada en las cátedras de la política activa. Se aprende al lado de Olarte. Se aprende a hacer política y a resistir como el león que siempre ha sido a pesar de la diabetes y la calima de estas islas, soñadas por los clásicos para que luego las habitáramos los que no lo somos tanto.

Dios mío, la enfermedad de la política hace estragos. Días y noches embelesados con ese juguete prohibido, sabiendo que nos arrebatara la vida, la profesión, el amor, las amistades, los hijos.

He estado en las tormentas y en las calmas de las AIC; he creído en ese proyecto y en algunos de sus responsables. Sé de los esfuerzos de Victoriano Ríos y José Emilio, de Antonio Castro, Guadalupe y Perestelo, de Dimas, Honorio y Antonio Cabrera, de Chacón y Paredes, de los Padrón, de Herrera y de Armas, de Pedrero, y su IGC, de Manuel Hermoso y su grupo.

He sido atacado desde distintos frentes por aliarme

con "esa gente". He dado la cara y he escrito folios y folios en defensa de esa manera de ver las cosas. Respeto con toda mi alma a los militantes de ATI y de los demás partidos de la federación. Conozco en esas filas a personas honorables e ilusionadas.

En ese tránsito de la izquierda utópica al insularismo-nacionalismo, he visto caer por los suelos los prestigios comunistas y la intelectualidad y los reflejos del miterrandismo. He dudado con pasión de todo lo que ocurría en un mundo exonerado de dogmas y con los pasos perdidos del itinerario ideológico.

Me he prometido una y otra vez cambiar los despachos de la conspiración por las obras completas de Jorge Luis Borges, que leo con la fruición del gran Alfonso Reyes. Sé que mi vida está en otra parte, como un Milan Kundera lleno de soberbia, que me he equivocado muchas veces al confiar en ciertas personas, que es mejor regresar a mi balcón sobre la vega lagunera y esperar a que caiga la tarde, como nos aconseja Gilberto Alemán, entre el murmullo de la misa de Bach y las pequeñas mortificaciones de la rutina.

Simples caprichos de un hombre de letras de edad ya no tan tierna con piedras en la vesícula y demasiados amigos atacados por el escepticismo.

Han pasado los años y no nos habíamos dado cuenta. Al final o a la mitad de este recorrido, uno empieza a entender la acometividad del virus de la política.

He perdido muchas batallas en la vida pública y he ganado unas cuantas. Entre las victorias, cuento la paz universitaria de noviembre del 89, la Ley de Homologación del Profesorado de nuestra comunidad y un par de colecciones literarias institucionales. Quizá esa sea mi humilde herencia.

La política es una enfermedad incurable. También es una novia esquiva a la que uno ama con desprendimiento y sin percibir sus infidelidades.

Hace muchos años que mi amigo de entonces, el novelista Víctor Ramírez, me dijo, paseando por la calle Heraclio Sánchez en La Laguna, una frase simple que no he olvidado: "lo peor que puede pasarle a un hombre es estar **putiado** (así lo pronunció) por una mujer". Es decir, estar perdido por alguien que no te hace caso.

Ese pensamiento es aplicable al ejercicio de la política. Cuanto más te entregas, más navajazos recibes. Aunque algún placer se esconderá tras tantas innecesarias mutilaciones. En la política, como en la vida, solo sobreviven los que resisten. Viendo juntos el otro día a Saavedra, a Olarte, a Mauricio, González Viéitez, Redondo, Bernardo Cabrera y Dávila, me percaté de nuevo del acierto del viejo principio.

Las islas nos emborrachan con sus contraluces desde que nacemos. Más tarde, persuadidos de sus imperfecciones, nos atrevemos a diseñarlas a nuestro antojo. Esa es la prehistoria de la preocupación política, donde uno se ha tropezado con grandes tipos y con muchos tortolines. Pero aun conscientes de la abundancia de esta segunda modalidad animal y de los peligros que entraña para los incautos, uno sigue adelante más allá de sus fuerzas y de sus tragaderas, cada vez con mayores tics y más arrugas en el rostro, más abultadas desilusiones y desencantos, enemigos inesperados y horas deshojadas en insomnios eternos.

Dichoso dilema: ¿Borges o la conspiración?